

acaban de notarse. El autor se atreve pues á esperar que su obra no quedará confundida con los libros de esta especie. Encerrando en este catecismo la substancia del *Exámen de las doctrinas médicas*, que el público juzgó ya, se ha propuesto escribir para todos los médicos, con la especial intencion de facilitar el estudio de la nueva doctrina á los pasantes y prácticos que hasta aquí no cuidáron de ocuparse en ella. Su epigrafe expresa bastante sus intenciones :

Indocti discant, et ament meminisse periti.

CATECISMO

DE LA

MEDICINA FISIOLÓGICA.

DIALOGO PRIMERO.

Fiebres esenciales, biliosas, gástricas, mucosas, pútridas, malignas, atáxicas, adinámicas.

EL SABIO.

Ah! ¿está Vm. aquí, Caballero? le daba yo á Vm. de vuelta en su casa mucho tiempo hace. ¿No vino Vm. el año pasado, en la misma época, que es por cierto la de las vacaciones, á presentarme sus conclusiones, y darme parte de su próxima partida?

EL MÉDICO JÓVEN.

Verdad es, Caballero, que vine á despedirme de Vm.; y no lo es tambien ménos que me restituí á mi provincia con el ánimo de entregarme á la práctica de la medi-

cina en la ciudad que me vió nacer : pero no tardé en mudar de parecer ; y , habiendo logrado de mi padre los necesarios fondos para pasar de nuevo un año en Paris , volví á frecuentar las aulas , que dejó hoy dia para restituirme al seno de mi familia.

EL SABIO.

Y bien ! ¿ quien pudo inducirle á Vm. á diferir así su colocacion ? ¿ No me habia dicho Vm. que se le proporcionaba una rica heredera cuya caudal debia habilitarle para esperar pacientemente la clientela ?

EL MÉDICO JÓVEN.

No hay cosa ninguna mas cierta ; y estaba para concluirse ese matrimonio , cuando una gravísima enfermedad , que faltó poco para robarme al autor de mi vida , me obligó á mudar repentinamente de resolucion.

EL SABIO.

Ya sé que su padre de Vm. , antiguo amigo mio , estuvo malo ; pero goza de una perfecta salud mucho tiempo hace. Se des-

apareció pues este impedimento ¿ habria hallado Vm. otros acaso por parte de su novia ? ¿ Le trajo á Vm. la desesperacion de nuevo á Paris ?

EL MÉDICO JÓVEN.

No , Señor ; doña *** aun tiene todavía la paciencia de esperarme.

EL SABIO.

Explíquese Vm. , por favor ; porque no poseo el don de adivinar.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien , Caballero , sepa Vm. que , en el breve espacio de tiempo que pasé al lado de mi padre , me faltó poco para no ser asesino suyo ; y , con el justo temor en que yo me hallaba de esponer por segunda vez una tan preciosa vida , ó de atentar contra la de mi futura consorte , abracé la resolucion de huir de ámbos , y volver á Paris para aprender el arte de curar.

EL SABIO.

Como , Caballero ! habia pasado Vm. seis años en Paris sin ocuparse en sus estudios !

habia obtenido Vm. con dolo de sus catedráticos un título no merecido, y se preparaba sin escrúpulo á abusar de la confianza de sus conciudadanos! Confíesole á Vm. que me habia formado otro muy diferente concepto de su modo de pensar, especialmente recorriendo sus conclusiones, en que reconocí con gusto los preceptos de los mejores maestros, apoyados con una muy selecta erudicion. Aun me hallaba asombrado de que Vm. hubiera tenido suficiente lugar para compulsar tantas obras, y me admiraba de la precision con que Vm. apreciaba las mas respetables autoridades; porque no ignora Vm. que la medicina es, de algunos años á acá, mi estudio predilecto. ¿Recurrió Vm. pues á alguna mano estraña para la composicion de su acto inaugural?

EL MÉDICO JÓVEN.

Ay de mí! no, querido Caballero mio. Yo habia leído, releído, y hojeado, noche y dia, los clásicos mas afamados; habia acompañado, en la asistencia de los enfer-

mos, á los médicos clínicos de mayor crédito; en una palabra, soy el autor de mis conclusiones, lo cual forma en el dia la materia de todos mis pesares; porque ellas me reducen á hacer pública retractacion á la vista de todas las personas á quienes hice el triste regalo suyo; y esto me trae ahora á la presencia de Vm.

EL SABIO.

Qué estoy oyendo! ¿Seria Vm. por ventura del número de aquellos inconsiderados entusiastas que van celebrando incesantemente la nueva doctrina, y que pregonan en todos los lugares el mas profundo menosprecio de la antigua medicina?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor, soy entusiasta de la nueva doctrina; pero tengo la ventaja de no ser inconsiderado. Le aseguro á Vm., por el contrario, que no supe raciocinar en medicina mas que despues que tengo la dicha de aplicar la fisiología á las dolencias de mis semejantes. Unicamente desde entonces es la medicina admirable á mi vista,

satisfactoria para mi espíritu, y fructuosa en su aplicacion; y me ha parecido, en una palabra, digna de figurar en la clase de las ciencias.

EL SABIO.

Estas son las declamaciones de moda entre nuestros nuevos doctores. Se corregirá Vm. de esa ceguedad, luego que la edad y práctica hayan madurado su razon. Pero ¿quien le sugirió á Vm. el proyecto de volver á Paris para reconstituirse discípulo, y particularmente discípulo de la nueva doctrina, despues de haber tenido la fortuna de librarse del contagio durante el curso de sus primeros estudios?

EL MÉDICO JÓVEN.

Ya se lo he dicho á Vm., Caballero; es la enfermedad de mi padre. Sírvase Vm. oirme, y me condenará despues, si puede hacerlo.

Se quejaba mi padre, hacia muchas semanas, de un leve desórden en su salud; y la conmocion que mi regreso le causó, puso de manifesto diversos accidentes que

turbáron nuestro regocijo. Se le puso dolorida la cabeza; quejóse de un afecto de extraordinaria fatiga en los miembros, y especialmente en la region del espinazo é hijares. Se declaró la calentura, aunque bastante moderada; la lengua se presentó cargada de una especie de sarro espeso y amarillento en el medio, miéntras que estaba encarnada en su circuito y estreñidad; resintió vivos dolores en la boca del estómago; tenía la boca amarga, continuas ganas de vomitar, y no podia desechar de sí un fatal presentimiento, asegurando que mi vuelta le daba el golpe de muerte: pero se consolaba este tierno padre, pensando que me dejaba con una existencia honrosa, y digna de los sacrificios que él habia hecho en beneficio mio. Estos discursos me partian el corazon; pero la confianza que yo tenia en mi vasta ciencia, no tardó en consolarme. Es únicamente un embarazo gástrico con calentura, esclamé: Tomará Vm. mañana el emético, y quedará curado. Fué tormentosa la noche; y el emético, que administré yo mismo en

crecida dosis, proporcionó copiosas evacuaciones. Una mejoría harto notable se dejó descubrir despues de su efecto; limpióse la lengua, que se puso encarnada en toda su estension. Cantaba yo la victoria ya; pero, hácia la tarde, se duplicó la intension de los síntomas, la calentura adquirió tanto grado de violencia, que mi mano no podia soportar el ardor de la piel, en la region del estómago con especialidad; eran atropelladas las pulsaciones; la lengua, de encarnada como grana que ella estaba, se volvió negruzca, encogida, puntiaguda y seca; una sed ardiente substituyó el gusto pegajoso y bilioso. La sensibilidad de la boca del estómago pareció mas viva; y la de los miembros era tan prodigiosa, que arrancaba gritos á mi padre, que no se atrevia á ejecutar movimiento ninguno.

Me guardé bien de sobresaltarme con esta exasperacion: es una fiebre gástrica que se pone de manifesto; y es Vm. muy feliz en haberse desembarazado de sus mucosidades, porque ella hubiera podido to-

mar el aspecto adinámico. Lo que ahora le inquieta á Vm. no es otra cosa mas que el crecimiento inevitable en estas enfermedades; pero estará Vm. mejor mañana, y la fiebre se terminará favorablemente en el séptimo dia: entre tanto, beba Vm. caldo de ternera, para refrigerarse, sueros con tamarindos, á fin de tener corriente el vientre, y ármese de espíritu y esperanza.

Al tercer dia, la calentura, en vez de disminuirse, como yo lo había anunciado, tomó un nuevo incremento; el dolor de la cabeza era atroz; la sed mas voraz se exasperaba mas bien que se apagaba con mis bebidas, que le repugnaban sumamente por otra parte al paciente. La cara estaba coloreada, y podian notarse algunos momentos de delirio.

Me sobresaltaron estos síntomas: la cabeza está amenazada de una congestion, me dije á mí mismo. La calentura no solamente es gástrica, sino que tambien toma el aspecto de la ardiente ó *causon* de Hipócrates. Practiquemos pronto una sangría

de pie, pero què sea moderada, porque noto alguna tendencia á la ataxia, y una muy copiosa evacuacion de sangre podria hacer degenerar esta fiebre en adinámica.

Se practicó efectivamente la sangría; halló alivio el doliente; pero le habia faltado poco para no desmayarse; y habiendo justificado este leve accidente mis temores, creí deber reparar algo mas las fuerzas, administrando algunas tazas de una limonada ligeramente vinosa. Apénas se habian dado algunas dosis de este nuevo específico, cuando se avivó la calentura, no ya con un pulso espacioso y lleno como ántes, sino con pulsaciones cortas y como convulsivas. La lengua tomó un color negruzco: mi padre no se quejaba ya de dolor ninguno, sino que deliraba del modo mas completo. Sus fuerzas habian caido, y sus miembros estaban agitados con aquellos pequeños estremecimientos que llamamos *sobresaltos de los tendones*. En cuyo estado ví los combinados síntomas de una fiebre ataxo-adinámica, ó, para hablar en la antigua gerigonza, pútrido-maligna; y me pre-

paraba yo á dar el golpe mortal á mi desgraciado padre administrándole el vino puro de quina, el alcanfor, el almizcle, la serpentaria de Virginia, cuando un suceso tan feliz como imprevisto me preservó del parricidio que iba á cometer. Continueme Vm. por favor todavía durante unos instantes su atencion.

EL SABIO.

Me deja Vm. temblando. ¡Hay pues enfermedades de una tan pérfida calidad, que los socorros mejor dirigidos son incapaces de atajar sus funestos progresos! ¿Quién nos descubrirá estos impenetrables misterios?

EL MÉDICO JÓVEN.

Van á serlo, Caballero; guárdese Vm. bien de dudarle. Acaba Vm. de contemplar los frutos amargos de la medicina antigua; admírese de los portentos de la nueva.

Contraje amistad, durante mis primeros estudios, con un condiscípulo mio que se habia hecho doctor cinco ó seis meses

antes que yo, y que practical la medicina en su pueblo nativo, á unas leguas de aquel en que reside mi familia. Habiendo sido llamado por uno de nuestros vecinos el nuevo doctor, cuya fama comenzaba á difundirse por todas partes, llegó allí al cuarto dia de la enfermedad de mi padre, cabalmente á la época en que yo acababa de tomar la resolucion de administrar los tónicos. Hallándose informado de mi vuelta, vino á verme, y le comuniqué mis sobresaltos. Mi amigo era un discípulo de la nueva doctrina, y me habia instado por mucho tiempo para que yo le imitara; pero hallándome imbuido por los adversarios del catedrático que es el inventor y propagador de ella, habia desechado siempre sus instancias. Me habian infundido tanto temor de este catedrático, asegurándome que yo seria seducido, y perdido para siempre, si tenia la desgracia de asistir á sus lecciones, que no me fué posible resolverme á oírle ni siquiera por un solo instante. Mi amigo se habia rendido por haberle acompañado una vez en la visita

de su hospital; desde cuyo momento, no le habia dejado ya, y se habia hecho uno de sus mas zelosos discípulos. Este ejemplo me espantaba, y habia huido yo de la escuela fisiológica con cuidado, como un hombre cuerdo evita los malos lugares. Esta aversion, que mi amigo tenia por ridícula, aun habia suscitado mas de una vez entre nosotros las mas vivas discusiones, durante las cuales me negaba á dar oídos á cuantos documentos él queria darme sobre la nueva medicina. Se conoce que con semejantes preocupaciones, no me hallaba apénas dispuesto á oír su dictámen sobre la enfermedad de mi padre. No obstante esto, luego que él me hubo declarado formalmente que yo habia hecho por entero su enfermedad, que me hubiera sido fácil atajar su curso aplicando algunas sanguijuelas sobre el estómago en el primer dia, y que el plan curativo que yo me proponia seguir le conduciria infaliblemente al sepulcro; y luego que hubo apoyado estos asertos con la relacion de muchas curas de que me hallaba ya noticioso, co-

mencé á dar oídos. Fué continuando; y titubeé. Vencido últimamente por la claridad de sus discursos, y por las instancias de mi familia, le abandoné la direccion de mi querido enfermo, y prometí no embarazarle en la curacion que él proponia.

Se aplicáron cincuenta sanguijuelas, desde la noche misma, al epigastro; sus picaduras sangraron toda la noche con abundancia. A proporcion que corria la sangre, recuperaba mi padre sus fuerzas y razon. Repetia él: Estoy salvado ya. El gozo me tenia enagenado á mí. No habia ya calentura ninguna en la mañana del quinto dia. Era mi ánimo el mandar dar un caldo al paciente; á lo que se opuso mi amigo, asegurándome que este ligero restaurativo bastaria para renovar todos los accidentes, y cedí. Dejámos gozar al enfermo de un profundo sueño durante la mayor parte del dia; pero júzguese de mi sorpresa, cuando al despertarse nos pidió alimentos, alegando que lo pasaba grandemente, que estaba capaz de levantarse, y que no tenia ya mas enfermedad que la debilidad

y hambre. No se le acordó sin embargo mas que algo de limonada, en seguida de la cual volvió á dormirse. Al siguiente dia, se le dió caldo; al otro, sopa, y se levantó. Contando desde este momento, no se quejó ya mas que de hambre canina, que fué satisfecha con precaucion; y fué tan rápida su convalecencia, que, de allí á cuatro dias, no echábamos de ver ya que mi padre hubiera estado enfermo.

EL SABIO.

Y bien ¿ qué conclusiones dedujo Vm. de un hecho separado y tan opuesto á la observacion de los padres de la medicina?

EL MÉDICO JÓVEN.

Las que mi amigo me precisó á deducir: que el embarazo gástrico era el primer grado de una inflamacion del estómago, que hacia subir la cólera á esta víscera; que yo habia exasperado esta flemasia con mi emético; que mi caldo de ternera y sueros, que son bebidas nutritivas, no eran bastante refrigerantes para un estómago abrasado; que mi sangría del pie

habia sido insuficiente, y que yo habia destruido sus buenos efectos con mi agua vinosa; que una sangría local, practicada lo mas cerca posible del punto inflamado, es cien veces mas eficaz que otra de los vasos mayores, que se llama *sangría general*; que es preciso dejar que la inflamacion se calme enteramente despues de las sangrías, ántes de volver á los alimentos; finalmente que, sin el feliz acaso que hizo intervenir á mi amigo, me hubiera preparado yo eternos pesares. Pero á estas conclusiones añadí de mí mismo otra de que no dejaré de gloriarme nunca; es que á pesar de todos mis estudios y aquella erudicion de la que Vm. tiene á bien darme la enhorabuena, no entendia yo nada en la medicina, y que era menester volver cuanto ántes á Paris, á fin de entregarme sin restriccion ninguna al estudio de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

No son rigorosas las conclusiones de Vm., jóven amigo mio; los eméticos atajan á

menudo las fiebres semejantes á aquella de que estaba atacado su padre de Vm. : lo que no sucederia si ellas dependieran siempre de la inflamacion del estómago, ó de la gastritis, como Vm. la llama, porque se sabe que es perjudicial en esta enfermedad el emético. ¿Podria explicar Vm. la curacion de una gastritis con un medicamento que estimula tan fuertemente el estómago?

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor; es á causa de que las evacuaciones de cólera, de mucosidad ó flemas, de sudores, se llevan la irritacion de este órgano.

EL SABIO.

Pero, por segunda vez, el emético que las promueve, irrita vivamente el estómago.

EL MÉDICO JÓVEN.

Por lo mismo, la cura no se verifica siempre; y el que le da se espone á duplicar la inflamacion gástrica, si no la hace desaparecer. Aun es lo que con mayor fre-

cuencia sucede; en cuyo caso la inflamacion se exaspera, recorre todo el canal alimenticio, y toma el nombre de *gastro-enteritis*. En cuyo estado se hallaba la enfermedad de mi padre, cuando fué atajada.

EL SABIO.

Le concedo á Vm. eso, supuesto que el éxito probó que su padre de Vm. tenia una inflamacion de estómago; pero si los accidentes hubieran sido un simple efecto de la bilis, su emético de Vm. hubiera curado.

EL MÉDICO JÓVEN.

La bilis no es un ente viviente, un animal que se mueve á su antojo, y se divierte en echarse sobre los diferentes órganos, para atormentarlos y burlarse de los médicos; es un líquido formado por el hígado, para concurrir á la digestion; una materia meramente pasiva, que pasa á donde la irritacion la llama. Téngase inflamado el estómago, y la cólera se inflamará allí; hállese la inflamacion en los últimos intestinos, y la cólera saldrá en forma de diarrea; si ciertas modificaciones de irritacion

la retienen en el hígado, se verá llevada hácia la sangre y producirá la ictericia.

EL SABIO.

Pero aun concediendo á Vm. que la cólera se acumule en el estómago, con la inflamacion de este órgano, conviene tambien que sea espelida de él. Los vómitos son la via mas breve, luego debemos emplearlos.

EL MÉDICO JÓVEN.

La esperiencia prueba diariamente á los médicos fisiologistas que eso no es necesario, y que luego que las sanguijuelas se llevan la gastrítis, la bilis abandona el estómago, y vuelve á su ordinario curso por la via de las cámaras. Vuelvo pues á mi proposicion, y digo: Siendo atraida la bilis al estómago con la irritacion de esta viscera, si el emético se lleva esta irritacion juntamente con la bilis, se efectúa la cura; pero si evacuando la bilis no hace desaparecer la irritacion, se convierte ella en flemasia ó inflamacion; y recorriendo esta todo el canal digestivo, produce la *gastro-enteritis* cuyas variedades corresponden